



MOLIÈRE

TARTUFO

PERSONAJES

La señora **PERNELLE**, madre de Orgón

ORGÓN, esposo de Elmira

ELMIRA, esposa de Orgón

TARTUFO, falso devoto

DAMIS, hijo de Orgón

MARIANA, hija de Orgón, enamorada de Valerio

VALERIO, pretendiente de Mariana

CLEANTE, cuñado de Orgón

Un oficial del Rey

El señor **LEAL**, sargento

DORINA, aya de Mariana

FLIPOTA, criada de la señora Pernelle

ACTO PRIMERO

La escena en París, sala en casa de Orgón **ESCENA I**

La señora PERNELLE, FLIPOTA, su sirvienta, ELMIRA, MARIANA, DORINA, DAMIS y CLEANTE

SRA. PERNELLE: Vamos, Flipota, vamos, quiero librarme de esta gente.

ELMIRA: Usted anda tan ligero, que es imposible seguirla.

SRA. PERNELLE: Déjeme hija, déjeme. No se moleste. No necesito que me acompañen.

ELMIRA: No es por cumplimento, pero ¿por qué se va tan de prisa, señora?

SRA. PERNELLE: Es que no puedo soportar lo que pasa en esta casa. Nadie se toma el menor cuidado en darme gusto. Sí, me voy de aquí, muy disgustada. Me discuten todo lo que digo. No se respeta nada, todos hablan a gritos y todos mandan como en una feria.

DORINA: Pero. . .

SRA. PERNELLE: Tú, mi amiguita, eres una empleada muy charlatana y muy impertinente; en todo te tienes que meter para dar tu opinión.

DAMIS: Pero.. .

SRA. PERNELLE: Y tú no eres más que un tonto. Soy yo quien te lo digo, yo que soy tu abuela, y cien veces le he dicho a tu padre que estás adquiriendo modales de bribón y que no le darás más que disgustos.

MARIANA: Yo creo.. .

SRA. PERNELLE: ¡Esta es la hermana! ¡Dios mío! haciéndose la discreta, la mosquita muerta, que cualquiera diría que no ha roto nunca un plato. Pero ¡ffate del agua mansa! que esconde muchas cosas que aborrezco.

ELMIRA: Pero, señora ...

SRA. PERNELLE: Querida nuera, no se moleste por lo que voy a decirle. Su conducta es francamente mala. Debería ser para estos niños un ejemplo digno de imitación, como lo era su difunta madre. Usted es derrochadora y me disgusta ver tanto lujo. No creo que una mujer necesita tanta ostentación si quiere parecerle bien sólo a su marido.

CLEANTE: Pero, señora, después de todo . . .

SRA. PERNELLE: A usted, señor, lo estimo mucho y aun lo quiero, pero en fin, si yo estuviese en el lugar de mi hijo, le pediría que no entrara más en esta casa. Siempre está predicando máximas que no puede seguir la gente honesta. Le hablo con franqueza, es mi modo de ser, y no ando con rodeos para decir lo que siento.

DAMIS: El señor Tartufo estaría feliz ...

SRA. PERNELLE: Es un hombre de bien a quien hay que escuchar y no puedo soportar, sin irritarme, que lo comente un loco como tú.

DAMIS: Y yo tengo que soportar que un beato hipócrita disponga aquí de un poder tiránico y que no podamos divertirnos sin el consentimiento de ese señor.

DORINA: Si hubiera que oírlo y seguir sus máximas, no se podría hacer nada. Todo lo fiscaliza y lo controla ese criticón.

SRA. PERNELLE: Y todo lo que fiscaliza está bien fiscalizado. Su deseo es mostrarnos el camino del cielo y mi hijo Orgón debería exhortarlos a todos a que lo quisieran.

DAMIS: No, abuela, ni mi padre ni nadie puede obligarme a quererlo; mentiría si dijera otra cosa. Su modo de ser me molesta en tal forma que no sé qué va a pasar si continúa así, y con ese miserable voy a llegar a un escándalo.

DORINA: Y lo peor es ver cómo ese desconocido se enseñorea de esta casa. Un miserable pordiosero que cuando llegó no tenía zapatos, y su traje era como para botarlo, y ahora abusa con todos y todo lo dispone como si fuera el dueño.

SRA. PERNELLE: ¡Ah, Dios mío! Todo iría mejor si se siguieran sus órdenes piadosas.

DORINA: En su imaginación usted lo ve como a un santo. Pero todo lo que hace no es más que hipocresía.

SRA. PERNELLE: ¡Cállate!

DORINA: No me fiaría de él ni de Lorenzo su criado.

SRA. PERNELLE: Ignoro lo que puede ser el criado, pero respondo del señor como hombre de bien. Ustedes no lo quieren y lo rechazan porque a todos les dice la verdad. Pero es contra el pecado que su corazón se subleva y solo le impulsa el interés del cielo.

DORINA: Sí, pero, ¿por qué al poco tiempo de estar aquí no podía soportar que alguien viniese a esta casa? En qué puede disgustar al cielo una visita honesta, para rompernos la cabeza con sus reproches. ¿Quiere que le diga algo entre nosotros? Yo creo que está celoso de la Señora (señalando a Elmira).

SRA. PERNELLE: ¡Cállate! y ten cuidado con lo que dices. No es el único que censura estas visitas, todo el trajín que traen quienes vienen, las carrozas que esperan en la puerta, la bulliciosa reunión de tantos lacayos, y el estrépito molesto que arman para toda la vecindad. Quiero creer que en el fondo no pasa nada, pero en fin, se murmura y eso no está bien...

CLEANTE: ¡Ah! ¿Y quiere usted impedir, señora, que se hable? ¡Tendría gracia que por las necias habladurías nos viésemos obligados a renunciar a nuestros mejores amigos! y aun cuando se hiciera, ¿cree usted que lograría que la gente se callara? Contra la murmuración no existe amparo y no hay que hacer caso al necio comadreo. Esforcémonos en vivir con verdadera inocencia y dejemos a los murmuradores que digan lo que quieran.

DORINA: ¿No serán nuestra vecina Dafne y su diminuto esposo quienes hablan mal de nosotros? Es bien sabido que aquellos cuya conducta es objeto de risa, son siempre los primeros en juzgar a los demás; jamás dejan de aprovechar el menor resquicio de las apariencias para lanzar con gozo la noticia maligna y darle el sentido que les interesa.

SRA. PERNELLE: Todo el mundo sabe que la señora Dafne lleva una vida ejemplar y no se preocupa más que de los asuntos del cielo, y sé, porque me lo han dicho, que ella condena rotundamente las costumbres de esta casa.

DORINA: ¡Ejemplo admirable! ¡Es muy buena la señora! Es verdad que vive en forma austera, pero es la edad la que le ha llenado el alma de piedad y todos sabemos que ahora se ha puesto mojjigata, vistiéndose para ocultar su cuerpo. Mientras pudo se aprovechó con fruición de esa ventaja, pero en cuanto echó de ver que el brillo de sus ojos menguaba, renunció al mundo, cuando en realidad era el mundo quien renunciaba a ella. Así es cómo con gran sabiduría disfraza los despojos de sus atractivos juveniles. Estos son los trucos de las viejas coquetas, les duele ver como huyen los galanes, y abandonadas no hallan mejor recurso que aparentar virtud. Todo lo censuran, no perdonan nada. Con soberbia critican la vida del prójimo, no por caridad sino por envidia, y no pueden sufrir que otra se divierta porque a ellas la edad les ha quitado el gusto.

SRA. PERNELLE: (A Elmira). Estas son las historias que le cuenta para darle gusto, querida nuera. En su casa está una obligada a callarse, pues la señorita siempre anda oyendo lo que se conversa. Pero aun así, yo no quiero callarme y les digo que mi hijo no ha hecho nada mejor que alojar en su casa a un personaje tan devoto que el cielo nos ha enviado para enderezar nuestras vidas. Por vuestra salvación deben escucharle y tener presente que no reprende nada que no sea reprehensible. Esas visitas, esos bailes, esas reuniones son invención del espíritu del mal. Aquí nunca se oyen palabras piadosas. Todos son propósitos ociosos que nunca se realizan, todos son bailes y canciones, y si bien es verdad que son los otros los que murmuran, son ustedes los que les dan ocasión. La gente sensata está escandalizada con estas reuniones, y como dijo muy bien un

predicador el otro día, ésta es una verdadera torre de Babel donde cada uno grita y gesticula como le da la gana. Y para contar la historia que refirió... (Señalando a Cleante) ¿Ya se ríe este señor? vayan a buscar a sus locos y que los hagan reír.. . (A Elmira) Adiós, nuera, no quiero decir una palabra más, lo que hagan por aquí me tiene sin cuidado y pasará mucho tiempo antes que vuelva a poner los pies en esta casa. (Dando un bofetón a Flipota) Vámonos, ¿tú sueñas o piensas tonterías? Dios Santo ya haré yo que te espabiles. Pasa, estúpida, pasa (Vanse la Señora Pernelle, Flipota, Elmira, Mariana y Damis).

ESCENA II CLEANTE y DORINA

CLEANTE: Yo no salgo a despedirla; tengo temor de que vuelva a retarme. Esta buena señora...

DORINA: Lástima que no le oiga decir eso. Seguramente le diría que usted es muy amable, pero que todavía no tiene edad para que la trate de buena señora.

CLEANTE: Y por Dios que se enojó con nosotros, y qué obsesión tiene con el señor Tartufo. ..

DORINA: Esto no es nada en comparación con la manía que tiene su hijo; si usted lo oyera diría que es mucho peor. El dueño de casa, el señor Orgón, siempre fue un hombre sabio y prudente, y durante la época de los disturbios demostró coraje para servir al rey. Pero desde que llegó Tartufo a esta casa está como embrutecido y vive obsesionado; le dice "hermano" y lo quiere cien veces más que a su madre, que a sus hijos y a su mujer. Es el único confidente de todos sus secretos y el que le dice lo que debe o no debe hacer; lo mimó y lo abraza y con una amante no se podría ser más tierno; en la mesa quiere que ocupe la cabecera y goza viéndolo comer por diez. Hace que le den los mejores bocados y si lanza un eructo le dice "buen provecho". En fin, está loco por él. Es todo su héroe. Le admira, le cita a cada momento, sus acciones más insignificantes le parecen milagros y todo lo que dice le parece un oráculo. Tartufo, conociendo la debilidad del dueño de casa, saca buen provecho. Con hipocresía le pide dinero para hacer limosnas y se cree autorizado para hacer comentarios sobre todos los que vivimos aquí. Y esto no es lo peor, sino que hasta el sirviente se permite darnos lecciones. Nos sermonea con ojos feroces y nos quita las cintas, el carmín, los perfumes. El otro día me rompió con sus propias manos un pañuelo que encontró en un devocionario, diciendo que nosotros mezclamos las cosas santas, con los adornos del demonio.

ESCENA III

ELMIRA, MARIANA, DAMIS, CLEANTE y DORINA

ELMIRA: (A Cleante) Has tenido suerte en no ir a despedirla porque hubieses tenido que oír el sermón que nos ha echado. He visto llegar a mi marido pero él no me ha visto a mí. Voy a esperarle arriba.

CLEANTE: Yo lo esperaré aquí. Le saludaré solamente. (Vanse Elmira y Mariana).

DAMIS: Háblele del matrimonio de mi hermana. Sospecho que Tartufo se opone y obliga a mi padre a demorar su autorización. Usted sabe el interés que tengo en este matrimonio. Si un mismo amor une a mi hermana y a Valerio, usted sabe que yo también estoy enamorado. Y si es preciso...

DORINA: Ya viene (Vase Damis).

ESCENA IV ORGÓN, CLEANTE y DORINA

ORGÓN: Hola cuñado, buenos días.

CLEANTE: Me iba ya pero he tenido la suerte de encontrarte. ¿Cómo estaba el campo? Parece que todavía no está muy agradable.

ORGÓN: Dorina... (A Cleante) Un momento, cuñado, no te vayas. ¿Me permites, para salir de cuidados, que pregunte cómo siguen los de la casa? (A Dorina) ¿Ha habido novedad estos últimos dos días? ¿Qué se hace por aquí? ¿Cómo siguen todos?

DORINA: La señora antes de ayer tuvo fiebre que le duró hasta la noche y un dolor de cabeza espantoso.

ORGÓN: ¿Y Tartufo?

DORINA: ¿Tartufo? Se encuentra a las mil maravillas, gordo y saludable como siempre, de buen color, sano y la boca fresca.

ORGÓN: ¡El pobre hombre!

DORINA: Por la noche la señora estuvo muy desganada y no probó bocado. ¡Tan fuerte le dio el dolor de cabeza!

ORGÓN: ¿Y Tartufo?

DORINA: Cenó sólo con ella y muy devotamente se comió tres perdices y media pierna de cordero con ensalada.

ORGÓN: ¡ El pobre hombre!

DORINA: La señora se pasó la noche sin pegar los ojos. El ardor de la fiebre no la dejaba dormir y tuve que quedarme con ella para acompañarla.

ORGÓN: ¿ Y Tartufo?

DORINA: Dominado por sueño invencible, se fue a su dormitorio en cuanto se levantó de la mesa, se acostó enseguida en la cama bien calentita y durmió plácidamente hasta la mañana siguiente.

ORGÓN: ¡ El pobre hombre!

DORINA: Al fin logramos convencer a la señora y permitió que le hiciesen una sangría. Con eso notó alivio enseguida.

ORGÓN: ¿Y Tartufo?

DORINA: Recuperándose como corresponde al que defiende su alma contra todos los males de este mundo. Y para reemplazar la sangre que había perdido la señora, se bebió cuatro enormes copas de vino durante el almuerzo.

ORGÓN: ¡ El pobre hombre!

DORINA: Voy a comunicar a la señora el interés que usted tiene por su salud (Vase Dorina).

ESCENA V

ORGÓN y CLEANTE

CLEANTE: Sin la menor intención de molestarte voy a decirte, cuñado, que esa mujer se ríe de ti en tus propias barbas, y lo peor del caso, si quieres que te sea franco, es que tiene razón. ¡Se ha visto alguna vez semejante capricho! ¿Es posible que un hombre como ése disponga de tanta influencia que te haga olvidar todo lo demás? Además, que sea aquí, en esta casa, donde se ha librado de la miseria, llegando al extremo de...

ORGÓN: Basta, cuñado; tú no conoces a la persona de quien hablas.

CLEANTE: No, no la conozco, pero para saber qué clase de hombre puede ser...

ORGÓN: Quedarás encantado cuando lo conozcas, encantado. Es un hombre que... ah... un hombre. .. en fin, un hombre de veras. Quien sigue sus consejos, goza de una paz inefable y desprecia el mundo por sus miserias. Sí, yo mismo me siento transformado cuando oigo lo que dice. Me enseña a no tener afecto por nada de este mundo, desata mi alma de todas las amistades terrenas y creo que vería impasible morir a mi hermano, a mis hijos, a mi madre, a mi esposa, sin que me importara un tanto así.

CLEANTE: Muy nobles sentimientos en verdad.

ORGÓN: ¡Ah! si supieras como lo conocí, sentirías por él la misma inclinación. Todos los días le veía llegar con aire dulcísimo a la iglesia y se arrodillaba muy cerca de mí.

Atraía la atención de todos los fieles por el fervor que ponía en sus plegarias, lanzaba suspiros, prorrumpía en devotas jaculatorias y besaba a cada momento con extrema humildad el suelo. Luego, cuando veía que yo iba a salir, se me adelantaba para ofrecerme en la puerta agua bendita. Informado por su criado, que en todo lo imita, de la indigencia en que se hallaba y de lo que era, le hice algún regalo, pero él con delicada modestia siempre intentaba devolverme algo. "Es demasiado (me decía), es más de lo que necesito, yo no merezco su simpatía". Y cuando yo rehusaba aceptar lo que me devolvía, iba a repartirlo, a mis propios ojos, entre los pobres. En fin, el cielo lo ha traído a mi casa y desde entonces todo parece prosperar. Veo que todo lo corrige, y hasta por mi propia esposa, que es como decir por mi honor, vela con interés extremado. Me advierte de los galanes que intentan cortejarla y se muestra en esto mil veces más celoso que yo. Pero no creerás hasta dónde llega su celo: por la menor bagatela se considera pecador, una nimiedad basta para encolerizarlo, hasta el extremo de que el otro día se acusó de haber cogido una pulga mientras estaba en oración y haberle dado muerte con excesiva cólera.

CLEANTE: ¡Por Dios, cuñado! O estás loco o quieres burlarte de mi con estos cuentos. ¿Y qué pretendes con todo esto?

ORGÓN: ¡Cuidado! Esas palabras tienen trazas de impiedad. Tú eres algo libertino y como te lo he dicho cien veces esto te acarreará más de alguna molestia.

CLEANTE: Es lo que dicen todos los que son como tú. Quieren que todos sean ciegos. Tener buena vista es ser libertino, y quien no adora las apariencias no tiene ni respeto ni fe por las cosas sagradas. Anda, que nada de lo que dices me intimida. Yo sé como hablo, y el cielo ve mi corazón. No soy esclavo de las hipocresías. Así como hay falsos valientes hay también falsos devotos. ¡Pues qué! ¿No sabes hacer distinción entre la hipocresía y la devoción? ¿Quieres acaso explicar las dos con las mismas palabras y hacer el mismo honor a la máscara que a la verdad, igualar el artificio con la sinceridad, confundir la apariencia con la realidad, apreciar el fantasma tanto como a la persona y la falsa moneda igual que la buena?

ORGÓN: Sí, ya veo que eres un filósofo consumado; toda la sabiduría está concentrada en ti. Eres el único sabio, el único inspirado. Eres un oráculo, un Catón de los tiempos que corremos y los demás somos un hato de imbéciles.

CLEANTE: No, no soy filósofo, ni poseo la ciencia de todo el mundo, pero sé distinguir lo verdadero de lo falso. Es así como creo que no hay personas más dignas que los devotos sinceros y que no hay en el mundo algo más noble y hermoso que el fervor del verdadero creyente; así también sé, que no hay nada más odioso que la apariencia disfrazada de religiosidad. Esos charlatanes, sacrílegos y farsantes para quienes la devoción es oficio y mercadería quieren adquirir honras y dignidad a través de falsas posturas religiosas, esa gente que a costa del cielo hace fortuna en la tierra, esos hipócritas, los encontramos a cada paso; en cambio, los devotos de corazón es difícil distinguirlos, no son fanfarrones de la virtud, no se hacen insoportables con la ostentación de la devoción que es en ellos humana y sociable. No censuran nuestras acciones, porque comprenden que eso sería pecado de orgullo, y si nos han de corregir en algo no lo hacen con palabras, sino con el ejemplo. Jamás se ensañan contra el pobre pecador, odian, sí, el pecado, mas no quieren defender los intereses del cielo con mayor vehemencia que la que el mismo cielo dispone. Estos son, amigo, los verdaderos devotos, los que nos ofrecen constantemente un ejemplo digno de imitación, y tu Tartufo no está ciertamente cortado por este patrón. Tú le ensalzas por la devoción que muestra, pero no ves que te tiene deslumbrado con un falso resplandor.

ORGÓN: Mi querido señor y cuñado, ¿ha terminado ya de hablar?

CLEANTE: Sí.

ORGÓN: A sus órdenes, entonces (intenta retirarse).

CLEANTE: Por favor, permíteme dos palabras más, vamos a otro asunto. Ya sabes que Valerio confía en la palabra que le diste de aceptarle por yerno.

ORGÓN: Sí.

CLEANTE: Y creo que hasta le has señalado fecha para el matrimonio.

ORGÓN: Es verdad.

CLEANTE: ¿ Por qué, pues, se demora este asunto?

ORGÓN: No sé.

CLEANTE: ¿ Has cambiado de pensamiento?

ORGÓN: Tal vez.

CLEANTE: ¿Quieres faltar a tu palabra?

ORGÓN: Yo no digo eso.

CLEANTE: Porque ningún obstáculo puede impedirte el cumplimiento de tu promesa.

ORGÓN: Según.

CLEANTE: ¿Para contestarme son necesarias tantas vueltas? Mira que el propio Valerio me envía para que me digas qué hay de todo esto.

ORGÓN: ¡Loado sea el cielo!

CLEANTE: Pero qué le digo?

ORGÓN: Lo que quieras.

CLEANTE: Debo conocer tus intenciones. ¿Cuáles son?

ORGÓN: Hacer lo que disponga el cielo.

CLEANTE: Acabemos de una vez. Valerio tiene tu palabra, ¿la cumplirás o no?

ORGÓN: Adiós. (Vase Orgón).

CLEANTE: Algo malo va a suceder aquí, me temo una desgracia para su amor, debo advertir a Valerio.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del Acto anterior

ESCENA I

ORGÓN y MARIANA

ORGÓN: Mariana!

MARIANA: ¿Si, padre?

ORGÓN: Ven, tengo que hablarte de algo en privado.

MARIANA: (A Orgón que mira al interior del gabinete contiguo) ¿Que busca?

ORGÓN: Miro si hay alguien aquí que pueda oírnos, pues este saloncito parece hecho adrede para espiar. Ahora podremos hablar con libertad. Tú sabes, Mariana, que siempre te he querido mucho porque eres una niña muy dulce.

MARIANA: Y yo estoy muy contenta con su cariño, papá.

ORGÓN: Eso está muy bien dicho, hija mía, y para merecer mi amor no debes preocuparte más que de darme gusto.

MARIANA: Eso es lo que trato.

ORGÓN: Muy bien. ¿Que piensas de Tartufo nuestro huésped?

MARIANA: ¿Quién? ¿Yo?

ORGÓN: Tú, si, fíjate bien en lo que me contestas.

MARIANA: Diré de él todo lo que usted quiera.

ORGÓN: Eso está bien dicho. Dime, pues, hija mía, que tiene grandes méritos que conmueven tu corazón, y que si yo te lo propusiera lo aceptarías como esposo con mucho gusto. ¿Que dices?

MARIANA: (Retrocediendo espantada) ¿ Eh?

ORGÓN: ¿Que pasa?

MARIANA: Por favor...

ORGÓN: ¿Que?

MARIANA: ¿Le oí bien lo que dijo?

ORGÓN: ¿Cómo?

MARIANA: ¿De quién quiere usted que diga que me conmueve el corazón y que me agradaría tenerle por esposo?

ORGÓN: De Tartufo.

MARIANA: ¿Y por qué obligarme a decir semejante mentira?

ORGÓN: Pues yo quiero que sea verdad. Y es suficiente que yo lo haya decidido.

MARIANA: ¿Qué? Acaso quiere, padre...

ORGÓN: Sí, quiero. Quiero que te cases con Tartufo, para unir a toda la familia con tu matrimonio. Así lo he decidido. Será tu esposo y como yo soy el que manda.

ESCENA II

ORGÓN, MARIANA y DORINA, que ha entrado sigilosamente sin ser vista y ha oído parte del anterior diálogo

ORGÓN: (Dándose cuenta de la presencia de Dorina) ¿Qué haces tú ahí? Muy grande ha de ser tu curiosidad, señora sirvienta, para venir a oír lo que estamos conversando.

DORINA: A decir verdad, no sé si se trata de un rumor o de una simple suposición; pero lo cierto es que hasta mí ha llegado la noticia de este matrimonio, y la he considerado como una tontería.

ORGÓN: ¿Por qué? ¿Acaso lo crees imposible?

DORINA: Aunque usted mismo lo dijera, no lo creería.

ORGÓN: Yo tengo manera de hacértelo creer.

DORINA: No, si esas son historias.

ORGÓN: No, no son historias. Digo lo que ocurrirá dentro de muy poco.

DORINA: ¡Cuentos!

ORGÓN: Lo que yo digo, señora mía, no es ningún cuento

DORINA: (A Mariana) ¡Vamos, no le crea a su padre! Está bromeando.

ORGÓN: Te digo ...

DORINA: No, si nadie le va a creer.

ORGÓN: Me va a dar rabia. ..

DORINA: Bueno, le creo, pero es peor para usted. Cómo es posible que con esos bigotes y esa barbita, sea tan loco como para creer. . .

ORGÓN: Te estás tomando libertades que no me gustan.

DORINA: Hablemos sin enojarnos, señor, se lo suplico, usted se burla de nosotros al tomar semejante determinación. Su hija no se puede casar con ese beato. Hay otras cosas que él puede ambicionar pero no ésta. Y además, ¿qué ventaja tiene este matrimonio? ¿Por qué siendo tan rico escoge por yerno a un pordiosero?

ORGÓN: ¡Cállate! Si nada tiene, es por eso, precisamente por lo que se le debe admirar. Su miseria es una miseria que le honra y le eleva por encima de todas las grandezas, puesto que por su poco cuidado en las cosas de la tierra y por su gran apego a las del cielo se ha visto privado de sus bienes. Pero, con mi ayuda podrá salir de las dificultades y entrar en posesión de lo que le pertenece. Tiene propiedades que puede recuperar, porque ahí donde le ves, es gentilhombre.

DORINA: Sí, él dice que es gentilhombre, y su vanidad, señor, no se compadece bien con su piedad. No debe ponderar tanto el nombre y el nacimiento quien dice vivir una vida humilde y santa. Pero hablemos de su persona y dejemos su nobleza. ¿Le va a dar usted una muchacha como Mariana a semejante hombre? Recuerde que se pone en peligro la virtud de una niña cuando se contraría su gusto en el matrimonio. El deseo de vivir honestamente depende de las cualidades del marido, y los hombres a quienes todo el mundo señala poniéndose un dedo en la frente, son a menudo los causantes de que

sus mujeres sean lo que son. Es muy difícil ser fiel a ciertos maridos. Quien da a su hija un hombre que ella aborrece es responsable de las faltas que ella pueda cometer.

ORGÓN: Muchas gracias por la lección.

DORINA: Haría muy bien en seguirla.

ORGÓN: (A Mariana) No la oigas, hija. Yo soy tu padre y sé bien lo que te conviene. Había dado a Valerio mi palabra de que serías su esposa; pero ahora, además de que dicen que es inclinado al juego, sospecho de que no es muy religioso. No lo veo nunca en la iglesia.

DORINA: ¿Quiere que vaya a la iglesia precisamente a la misma hora en que está usted?

ORGÓN: ¡Cállate! (A Mariana) En fin, Tartufo es el mejor del mundo, un modelo de virtudes. Este casamiento colmará todos tus deseos y estará lleno de dulzuras y placeres. Juntos vivirán como dos niños, como dos tortolitos. No llegarás nunca a discusiones enojosas y harás de él todo lo que quieras.

DORINA: ¡Sí! Un cornudo.

ORGÓN: ¡Cállate! ¡Qué manera de hablar!

DORINA: Yo digo que tiene todo el aspecto, señor, y que tendrá que seguir su destino.

ORGÓN: No me interrumpas más. Cállate y no metas tu nariz donde no corresponde.

DORINA: (Le interrumpe siempre en el preciso momento en que se vuelve para hablar con su hija) Yo no hablo, señor, nada más que por su bien.

ORGÓN: Te preocupas demasiado por mí. Cállate, pues; hazme el favor.

DORINA: Si no lo quisiera tanto. ..

ORGÓN: No quiero que nadie me quiera.

DORINA: Y yo quiero quererlo señor, a pesar suyo.

ORGÓN: ¡Ah!

DORINA: Me interesa mucho su reputación y no puedo soportar que todo el mundo hable de usted.

ORGÓN: ¿Quieres callarte de una vez?

DORINA: Es un caso de conciencia para mí dejar que se haga este matrimonio.

ORGÓN: ¿Quieres callarte ya, descarada?

DORINA: ¡Ah! ¡Usted que es tan piadoso y se enoja tanto.

ORGÓN: Sí, me calientas la cabeza con las estupideces que dices. Cállate de una vez, te lo mando.

DORINA: Me callo, pero sigo pensando.

ORGÓN: Piensa lo que quieras, pero ten cuidado de no hablar más. ¡Basta!

(Volviéndose a su hija) He madurado bien las cosas . . .

DORINA: ¡Qué ganas de hablar! (Calla cuando Orgón vuelve la cabeza).

ORGÓN: Sin ser precisamente un jovencito, Tartufo es de tal manera .. .

DORINA: ¡Sí, tiene muy lindo hocico!

ORGÓN: Que aun cuando no sintieses ningún atractivo por él... (poniéndose frente a ella y mirándola con los brazos cruzados).

DORINA: Si yo estuviera en su lugar puede estar seguro que ningún hombre se casaría conmigo sin mi consentimiento, y si así fuera, en la noche de bodas una mujer tiene siempre lista una venganza.

ORGÓN: ¿No quieres hacerme caso?

DORINA: Yo no hablo con usted.

ORGÓN: ¿Que estas haciendo, entonces?

DORINA: Estoy hablando sola.

ORGÓN: Muy bien (Aparte) Le voy a dar una bofetada, es demasiada insolencia (Hace el gesto de darle una bofetada, pero sólo la amenaza. Dorina, a cada ojeada que él lanza,

se pone tiesa sin hablar) (A Mariana) Hija mía, debes aprobar mi deseo. Creo que el marido que te he elegido ... (A Dorina) ¿Qué, no estás hablando?

DORINA: No, no tengo nada que decirme.

ORGÓN: Pero habla un poco.

DORINA: No quiero.

ORGÓN: Te estaba mirando.

DORINA: Alguna tonta sería la que quisiera hablar, pero yo...

ORGÓN: (A Mariana) En fin, hija mía, es preciso que me obedezcas y que estés contenta con mi elección.

DORINA: (Apartándose del alcance de Orgón) Yo no me casaría con Tartufo.

ORGÓN: (Señalando a Dorina) Esta mujer, hija mía, es una peste con quién no puedo seguir viviendo. Sus insolencias me ponen fuera de mí y voy a salir de aquí para calmarme un poco. (Sale).

ESCENA III

DORINA y MARIANA

DORINA: Y usted ¿ha perdido el habla? ¿Y soy yo la que tiene que hacer su papel? ¡Tolerar que le propongan un matrimonio semejante y no decir ni una sola palabra!

MARIANA: Mi padre es tan dominante, ¿que quieres que haga?

DORINA: Cualquier cosa.

MARIANA: ¿Pero qué?

DORINA: Decirle que se ama por propia voluntad; que es usted, y no él, la que se va a casar; y que es a usted y no a él, a quien debe gustarle el marido; y, que si le gusta tanto su Tartufo, que se case con él.

MARIANA: Mi padre tiene tanto dominio sobre nosotros, que nunca me he atrevido a contradecirle.

DORINA: Dígame: le gusta Valerio sí o no.

MARIANA: ¡Por Dios, Dorina! ¡Qué injusta eres! ¿Por qué me preguntas eso? ¿No te he abierto mil veces mi corazón? ¿No sabes hasta dónde llega mi amor por Valerio?

DORINA: ¿Qué sé yo si al hablar por la boca ha hablado con el corazón, ni si quiere de veras a su pretendiente?

MARIANA: Mis verdaderos sentimientos te los he manifestado cien veces, y me ofendes con tus dudas, Dorina.

DORINA: ¿Entonces, lo quiere de verdad?

MARIANA: Sí, mucho, Dorina, mucho.

DORINA: Y, según las apariencias, ¿El le corresponde?

MARIANA: Así lo creo.

DORINA: ¿Y los dos se mueren de ganas de casarse luego?

MARIANA: Así es.

DORINA: ¿Y qué va a hacer si su padre la obliga a casarse con Tartufo?

MARIANA: Darle la muerte si me obliga a casarme con ese hombre.

DORINA: ¡Muy bien! No se me había ocurrido. No tiene más que matarse y se acaba el problema. El remedio es maravilloso. ¡Qué rabia me da cuando la oigo hablar así!

MARIANA: ¡Qué eres rabiosa, Dorina! ¡Eres incapaz de tenerme compasión!

DORINA: ¡Yo no compadezco a las que dicen tonterías!

MARIANA: ¿Pero qué quieres que haga yo si soy tan tímida?

DORINA: El amor pide firmeza en el corazón.

MARIANA: ¿No la he tenido yo para amar a Valerio? Y, además, él no puede vencer la voluntad de mi padre y casarse conmigo.

DORINA: Si su padre es un extravagante incorregible que está completamente encaprichado con su Tartufo, y falta a la palabra que tenía dada, ¿qué culpa tiene Valerio de todo eso?

MARIANA: ¿Y quieres que yo muestre el amor que hay en mi corazón oponiéndome rotunda y ruidosamente a la decisión de mi padre? ¿Y mi pudor de mujer y mi deber de hija? ¿Quieres que todo el mundo conozca mi pasión?.. .

DORINA: No, no, yo no quiero nada. Ya veo que está decidida a ser del señor Tartufo, y ahora comprendo que he hecho muy mal en tratar de que no se haga ese matrimonio. ¿Qué razón habría? El partido es muy ventajoso. ¡El señor Tartufo! ¡Oh! ¡Excelente partido el que le proponen! Ciertamente, si bien se mira, el señor Tartufo no es un hombre cualquiera. No es un pelagatos. ¡Qué suerte la de poder ser su mujer! Todo el mundo le admira. Es noble, de gentil figura y tiene cara de angelito. Verdaderamente, va a vivir muy feliz con tal marido.

MARIANA: ¡Dios mío!

DORINA: ¡Qué alegría ser la esposa de un marido tan apuesto!

MARIANA: ¡Ah! ¡Termina de una vez y ayúdame a salir de este lío! Estoy dispuesta a todo.

DORINA: ¡No! Es preciso que la hija obedezca a su padre, aunque quiera darle un mono por marido. ¡Qué suerte más grande! El día de la boda se irá al pueblo y allí estará rodeada de tíos y primos de su marido y se divertirá mucho. Desde luego, le presentarán al gran mundo de la aldea y vendrán a darle la bienvenida la señora del boticario y la alcaldesa, que le hará el honor de sentarla a su lado. Durante el carnaval, el baile en la plaza con orquesta real, compuesta de dos gaitas y un bombo, y el circo y los payasos. . . En fin, se podrá divertir, si su marido. . .

MARIANA: ¡Ah! ¡Déjame en paz! En vez de hacerme bromas de mal gusto, debieras pensar en ayudarme con tus consejos.

DORINA: A sus órdenes.

MARIANA: ¡Dorina! ¡Por favor!

DORINA: Por tonta va a tener que casarse con Tartufo.

MARIANA: ¡Pobre de mí!

DORINA: No.

MARIANA: Tú bien sabes que mi amor por Valerio .. .

DORINA: No, usted quiere a Tartufo, y Tartufo será su marido.

MARIANA: Ya sabes que siempre me he confiado a ti. Hazme el favor...

DORINA: No, quiero verla entartufada.

MARIANA: Pues bien, ya que mi suerte no te conmueve, déjame sola. Ya sé cuál es el remedio para mi pena. (Hace como que se va).

DORINA: Venga para acá, que ya no estoy enojada. A pesar de todo, tengo que ayudarla.

MARIANA: Mira, Dorina, si me obligan a casarme, te advierto bien claro que me voy a matar.

DORINA: Tranquila, no exagere. Yo creo que hay modo de arreglar las cosas ... Pero ahí viene Valerio ...

ESCENA IV

VALERIO, MARIANA y DORINA

VALERIO: Acaban de darme una noticia, señorita, que yo ignoraba y que no es muy agradable.

MARIANA: ¿Cuál?

VALERIO: Que usted se casa con Tartufo.

MARIANA: Es cierto, a mi padre se le ha metido en la cabeza .. .

VALERIO: ¿A su padre, señorita? ...

MARIANA: Sí, ha cambiado de parecer. Acaba de proponérmelo.

VALERIO: ¿Lo dice en serio?

MARIANA: Sí, en serio, no tiene otro pensamiento en la cabeza que ese matrimonio.

VALERIO: ¿Y qué piensa usted, señorita?

MARIANA: No lo sé.

VALERIO: Buena respuesta. ¿No lo sabe?

MARIANA: No.

VALERIO: ¿No?

MARIANA: ¿Qué me aconseja usted, Valerio?

VALERIO: ¿Yo? Yo le aconsejo que se case con Tartufo.

MARIANA: ¿Usted me lo aconseja?

VALERIO: Sí.

MARIANA: ¿De veras?

VALERIO: De veras. La elección está hecha. ¿Qué quiere que le diga?

MARIANA: Bien señor, le agradezco el consejo.

VALERIO: No creo que le cueste mucho seguirlo.

MARIANA: Lo mismo que le ha costado a usted dármelo.

VALERIO: Yo le he dado mi opinión para complacerla, señorita.

MARIANA: Y yo la seguiré para darle gusto, señor.

DORINA: (Aparte) Ya veremos que resulta de todo esto.

VALERIO: ¿Es así como se ama? Entonces era mentira cuando usted...

MARIANA: No hablemos de eso, se lo ruego. Usted me ha dicho con franqueza que debo aceptar el esposo que me propone mi padre, y yo le respondo que estoy dispuesta a aceptarlo, ya que usted me lo aconseja.

VALERIO: No se excuse diciendo que yo se lo aconsejé. Usted ya tenía su decisión tomada, y para justificar su falta de palabra se escuda en ese pretexto.

MARIANA: Es verdad, muy bien dicho.

VALERIO: Sí, es verdad, usted nunca ha sentido por mí un amor verdadero.

MARIANA: ¿Ah? Si usted lo piensa así.

VALERIO: Sí, así lo pienso, y sé muy bien, después de esta ofensa, a quién debo hacerle mi promesa de matrimonio

MARIANA: Sí, claro, un caballero tan cumplido ha de tener mucho éxito con las mujeres.

VALERIO: No soy tan caballero, y usted tiene la prueba. Espero que con otra encontraré consuelo por lo que aquí he perdido.

MARIANA: La pérdida no es grande, y con el cambio creo que se consolará muy fácilmente.

VALERIO: Haré todo lo posible, créamelo. Si alguien nos olvida tenemos que olvidar; si no se consigue olvidar, hay que fingir por lo menos, y es una cobardía demostrar nuestro amor a quien nos abandona.

MARIANA: ¡Qué noble sentimiento!

VALERIO: ¿Y qué? ¿Usted quiere que le guarde mi amor para siempre y que la vea en brazos de otro, sin que yo le entregue mi amor a otra persona?

MARIANA: Al contrario, eso es lo que quiero, y me alegraría mucho que ya lo hubiera hecho.

VALERIO: ¿Le gustaría que ya lo hubiera hecho?

MARIANA: Sí.

VALERIO: Esto es un insulto, señora, y ahora mismo voy a darle gusto (da un paso para marcharse).

MARIANA: Muy bien.

VALERIO: (Volviendo) Recuerde al menos que es usted quien me obliga a hacer esto.

MARIANA: Sí.

VALERIO: (Volviendo de nuevo) Y que lo hago nada más que para imitar su ejemplo.

MARIANA: ¿Mi ejemplo? Muy bien.

VALERIO: Lo voy a hacer de inmediato.

MARIANA: Tanto mejor.

VALERIO: No me verá nunca más.

MARIANA: En buena hora.

VALERIO: (Se va y cuando llega a la puerta vuelve) ¿Eh?

MARIANA: ¿Qué?

VALERIO: ¿Me llamaba?

MARIANA: ¿Yo? ¡Está soñando!

VALERIO: Pues bien, voy a seguir andando (se va lentamente) Adiós, señora.

MARIANA: Adiós, señor.

DORINA: (A Mariana) Están locos con estas tonterías. Los he dejado pelear para ver en qué acababa todo esto. ¡Eh, señor Valerio! (Dorina corre y le detiene por el brazo.

Valerio se resiste a volver pero al fin accede).

VALERIO: ¿Qué quieres, Dorina?

DORINA: Venga.

VALERIO: No, no, yo tengo mi orgullo, no me hagas desistir de lo que ella misma ha querido que haga.

DORINA: Deténgase.

VALERIO: No, mi decisión ya está tomada.

DORINA: ¡Ah!

MARIANA: (Aparte) Sufre al verme. Se quiere ir porque yo estoy aquí. Es mejor que yo me vaya.

DORINA: (Deja a Valerio y corre hacia Mariana) ¿Ahora la otra? ¿A dónde va?

MARIANA: Déjame.

DORINA: Tiene que quedarse.

MARIANA: No, Dorina, es inútil.

VALERIO: (Aparte) Mi presencia es un suplicio para ella. Vale más que yo me vaya.

DORINA: (Dejando a Mariana y corriendo a coger a Valerio) ¿Y éste? ¡Hasta cuándo! Déjense de molestar y quédense los dos aquí (Tira hacia sí del uno y del otro).

VALERIO: ¿Qué te propones?

MARIANA: ¿Qué quieres hacer?

DORINA: Reconciliarlos y ayudarlos a salir de este lío. (A Valerio) Usted está loco para armar semejante enredo.

VALERIO: ¿No oíste lo que me dijo?

DORINA: (A Mariana) ¿Y usted también está loca?

MARIANA: ¿No has visto cómo me ha tratado?

DORINA: Tonterías. (A Valerio) Ella no quiere otra cosa que ser suya; yo soy testigo. (A Mariana) El sólo la quiere a usted y quiere ser su marido. Yo respondo.

MARIANA: (A Valerio) ¿Por qué me dijiste eso?

VALERIO: Fuiste tú la que me diste el consejo.

DORINA: ¡Qué par de tontos! ¡Ya! Dense las manos. (A Valerio) La suya.

VALERIO: ¿Para qué la mano?

DORINA: (A Mariana) Ahora la suya.

MARIANA: (Dándole también la mano) ¿A qué viene todo esto?

DORINA: Ya, acérquense. Si se quieren mucho más de lo que creen. (Valerio y Mariana permanecen cogidos de la mano, aunque sin mirarse).

VALERIO: (A Mariana) No hagas las cosas por la fuerza, Mariana, mírame un poco por lo menos (Mariana vuelve la vista a Valerio y se sonríe levemente).

DORINA: Por Dios, ¡qué locos son los enamorados!

VALERIO: (A Mariana) Yo tengo motivos para quejarme de ti. Has sido muy mala conmigo diciéndome cosas que me dan pena.

MARIANA: Y tú eres el hombre más ingrato que . . .

DORINA: Ya está bueno. Ahora hay que hacer planes para impedir ese matrimonio.

MARIANA: Dinos qué hay que hacer.

DORINA: Pondremos en juego todos los medios. (A Mariana) Es mejor que usted ante las exigencias de su padre finja dar su consentimiento porque así podrá aplazar más fácilmente la fecha del supuesto matrimonio. Hay que darle tiempo al tiempo. Puede decir que está enferma y esto naturalmente traerá algunos días de retraso, o bien podrá decir que ha tenido malos presagios, que ha encontrado un entierro por la calle, o que ha roto un espejo o que ha soñado con agua turbia. Hay que hacer cualquier cosa para que no la obliguen a casarse con quien no quiere. Para que todo salga bien, lo mejor será que nadie los vea juntos. (A Valerio) ¡Váyase rápido! Nosotros vamos a entusiasmar al señor Cleante y a poner de nuestra parte a la señora Elmira. Adiós. VALERIO (A Mariana) Por mucho que confié en el esfuerzo de todos nosotros mi única esperanza la tengo puesta en ti, Mariana.

MARIANA: (A Valerio) Yo no puedo responder de la voluntad de mi padre pero te aseguro que yo no seré de nadie sino tuya.

VALERIO: ¡Qué felicidad! Y cualquiera que se atreva . . .

DORINA: ¡Ah! Ya comenzaron de nuevo, salgan de una vez.

VALERIO: (Da un paso para irse, pero vuelve) En fin ...

DORINA: (A Valerio) Vuelta otra vez (Empujando a cada uno por la espalda para que se separen) Salga usted por aquí y usted por acá.

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores

ESCENA PRIMERA: DAMIS y DORINA

DAMIS: ¡Si hay alguien capaz de impedir que haga una grande, que me parta un rayo y que acabe ahora mismo con mi vida!

DORINA: Tranquílcese, su padre habla demasiado y ya sabe que no hace siempre lo que se propone, porque del dicho al hecho hay mucho trecho.

DAMIS: Es preciso que impida las maquinaciones de ese beato, y que le diga claramente dos palabras.

DORINA: Despacio, deje que se vea antes el efecto que hacen en él y en su padre las gestiones de su madrastra. Elmira tiene influencia sobre Tartufo. Todo lo que ella dice, él lo acepta complaciente y podría ser muy bien que ella lo tranquilizara. ¡Quiera Dios que resulte, qué bueno sería! Elmira le hablará a Tartufo sobre el casamiento que tanto le preocupa a usted y le hará comprender las consecuencias desastrosas que podría traerle ese matrimonio. El criado de Tartufo me ha dicho que está rezando, y no he podido verle, pero también me ha dicho que va a bajar enseguida. Váyase, pues, se lo ruego y déjeme que le espere aquí.

DAMIS: Pero, yo podría estar presente en esa conversación.

DORINA: No, es preciso que estemos solos.

DAMIS: No le diré nada.

DORINA: Conozco muy bien sus arrebatos. Usted no sabe contenerse y echaría a perder el asunto. ¡Váyase!

DAMIS: No. Me interesa estar presente y te prometo que no me enojaré.

DORINA: ¡Pero, qué pesado! ¡Ya viene! ¡Váyase! (Vase Damis).

ESCENA II

TARTUFO y DORINA

TARTUFO: (Hablando con su criado que está adentro) Lorenzo, guarda mi cilicio y mis disciplinas y ruega para que el cielo te ilumine siempre. Si alguien viene a verme, dile que he ido a repartir entre los presos las limosnas que para ellos me han dado.

DORINA: (Aparte) ¡Cuánta afectación e hipocresía!

TARTUFO: ¿Qué quieres?

DORINA: Quería decirle...

TARTUFO: (Sacando un pañuelo de su bolsillo) ¡Ah, Dios mío! Te ruego, antes de hablar toma este pañuelo.

DORINA: ¿Para qué?

TARTUFO: Cúbrete el seno, que yo no pueda verlo. Las almas caen heridas con semejantes visiones que excitan pensamientos pecaminosos.

DORINA: Usted es muy sensible a la tentación y la desnudez produce mucha impresión en sus sentidos. No sé porqué se acalora tan luego. Yo no soy tan ansiosa como usted. Podría verlo desnudo de pies a cabeza y no me tentaría.

TARTUFO: Pon en tus palabras más moderación, pues de lo contrario dejaré de oírte ahora mismo.

DORINA: No, no, soy yo quien le va a dejar tranquilo. Solamente tengo que decirle dos palabras. La señora vendrá a esta sala y me ha encargado que le diga que la espere. Quiere hablarle.

TARTUFO: ¡Ah! Con el mayor agrado.

DORINA: (Aparte) ¡Cómo se ablanda! Cada vez me convenzo más de lo que he dicho.

TARTUFO: ¿Vendrá pronto?

DORINA: Me parece que la oigo. Sí, es ella, los dejo (Vase).

ESCENA III

ELMIRA y TARTUFO:

TARTUFO: Que Dios le conceda para siempre la salud del cuerpo y del alma y la bendiga cada día. Este es el deseo del más humilde de sus servidores.

ELMIRA: Le agradezco su saludo tan piadoso. Sentémonos que estaremos mejor.

TARTUFO: ¿Cómo sigue de su enfermedad?

ELMIRA: Muy bien, se me ha quitado la fiebre.

TARTUFO: Mis plegarias no tienen el mérito suficiente para hacer que descienda del cielo la gracia de su mejoría, pero le aseguro que no he hecho ninguna oración que no tuviese por objeto su restablecimiento.

ELMIRA: Su piedad lo hace preocuparse demasiado por mí.

TARTUFO: Nunca se quiere demasiado su querida salud. Para restablecerla hubiese dado yo la mía.

ELMIRA: Eso es poner muy alta la caridad cristiana y mucho le debo por tantas bondades.

TARTUFO: Hago menos de lo que usted merece.

ELMIRA: He querido hablarle en secreto y me place que lo hagamos aquí donde nadie puede escucharnos.

TARTUFO: Yo estoy igualmente satisfecho y a decir verdad, señora, estoy encantado de hallarme a solas con usted. He pedido mil veces al cielo que me dé esta ocasión, sin que me lo haya concedido hasta el momento.

ELMIRA: Yo deseo hablar con usted y que me conteste con toda sinceridad lo que le voy a preguntar (Damis sigilosamente entreabre la puerta de la habitación contigua, en que se ha escondido, para escuchar mejor).

TARTUFO: Y yo quiero también mostrarle mi alma entera y jurarle que los sermones que he echado contra los visitantes que vienen aquí, atraídos por la belleza de sus encantos, no son efecto del rencor, sino más bien del entusiasmo que me lleva hacia usted y de un movimiento irresistible...

ELMIRA: Así lo aprecio yo también y creo que todo lo ha hecho velando por mi salvación.

TARTUFO: (Cogiéndole una mano) Sí, señora, ciertamente, y mi fervor es tal...

ELMIRA: Uf! Me aprieta demasiado.

TARTUFO: Es un exceso de fervor. No he tenido nunca el propósito de hacerle ningún daño, antes bien tendré. .. (Pone la mano sobre la rodilla de Elmira).

ELMIRA: ¿Qué hace con esa mano?

TARTUFO: Tocaba el vestido, la tela es suave...

ELMIRA: ¡Ah! ¡Por favor, déjeme! (Elmira retira su silla y Tartufo aproxima la suya).

TARTUFO: (Tocando el cuello de seda con que Elmira se cubre el escote) ¡Dios mío, qué maravilla de encaje! ¡Qué trabajo tan admirable! Nunca he visto cosa tan bien hecha.

ELMIRA: Sí, pero hablemos de lo nuestro. Parece que mi marido, sin cumplir la palabra que tenía empeñada, quiere darle a su hija por esposa. Dígame, ¿es verdad?

TARTUFO: Algo me ha dicho, pero no es eso lo que busco. Veo en otra parte los maravillosos atractivos que harían toda mi felicidad.

ELMIRA: ¡Pero usted ignora las cosas terrenales!

TARTUFO: (Suspirando) Sin embargo, mi pecho no encierra un corazón de piedra.

ELMIRA: Creí que sus suspiros iban al cielo y nada de aquí abajo podría distraerlo.

TARTUFO: El amor que tenemos por las bellezas eternas no ahoga en nosotros el que sentimos por las bellezas terrenales. Nuestros sentidos pueden deleitarse en las obras perfectas que el cielo ha creado. Las bellezas celestiales brillan reflejadas en sus semejantes, y es el cielo el que refleja en usted tanta belleza que mis ojos se sorprenden y mi corazón se arrebata. Al verla, criatura perfecta, admiro en usted, al autor de todas las cosas y mi corazón lleno del más ardiente amor siente que es el mismo Dios el que ha pintado su retrato. Al principio creí que este ardor secreto podría ser una hábil maniobra del espíritu infernal y resolví rehuir su mirada, creyéndola un obstáculo para la salvación de mi alma. Pero, al fin he comprendido, oh, belleza admirable!, que esta pasión no era culpable y podía conciliarla con la honestidad y este pensamiento ha tranquilizado mi conciencia.

Se que es una osadía ofrecerle mi corazón, mas espero perdón de su bondad, ya que nada puedo esperar de mi insignificancia. En usted pongo mi esperanza, mi bien y mi sosiego. De usted depende mi pena o mi dicha y voy a ser feliz si usted lo quiere o infeliz si así lo dispone.

ELMIRA: La declaración es muy galante, pero en verdad es también un poco sorprendente. Mejor haría usted en contenerse un poco y reflexionar sobre lo que le ocurre. Un místico como usted a quien todo el mundo cree tan devoto...

TARTUFO: Ah! No por ser devoto soy menos hombre, Señora, y cuando se contemplan sus gracias no se puede resistir ni razonar. Se que lo que le he dicho no es propio de mí, pero no soy un ángel, y si usted condena la confesión que le hago, sepa que no puedo

resistir sus encantos. desde que la vi usted fue la soberana de mi corazón. La inefable dulzura de sus miradas venció toda resistencia. Todo se vino al suelo, ayunos, plegarias, lagrimas, todos mis buenos propósitos desaparecieron frente a sus encantos. Mis suspiros se lo han dicho mil veces en silencio, y ahora por fin se lo digo en palabras. Mire las tribulaciones de su indigno esclavo, consuélame rebajándose hasta mi insignificancia, y yo le tendré para siempre, ¡oh dulce maravilla!, una devoción a ninguna otra parecida.

Su honor no corre ningún riesgo y no tema desgracias conmigo. Todos esos galanes de salón que hacen enloquecer a las mujeres meten mucha bulla con lo que hacen y se envanecen de los favores que reciben, los divulgan a los cuatro vientos deshonrando a las que en ellos se confían. Las personas, como nosotros, saben arder con fuego discreto y guardar para siempre el secreto que se les confía. El cuidado que tenemos en mantener nuestra fama es una apreciable garantía para la persona amada. Sólo en nosotros se puede hallar el amor sin escándalo y el placer sin temor.

ELMIRA: ¿No cree que yo pueda contar a mi marido lo que me está diciendo y que al saberlo pueda usted perder para siempre la amistad que le tiene?

TARTUFO: Sé que usted es muy buena y que perdonará mi audacia. Sé que, comprendiendo mi debilidad, excusará la violencia de este amor que la ofende y que comprenderá que no soy ciego, que estoy hecho de carne y hueso y que después de todo...

ELMIRA: Otra se enojaría con lo que estoy oyendo, pero quiero darle una prueba de mi discreción. No le diré nada a mi marido, pero quiero en cambio una cosa: que me ayude con franqueza sin poner ningún inconveniente, a que Valerio se case con Mariana y que renuncie usted mismo a la esperanza de este matrimonio.

ESCENA IV

ELMIRA, DAMIS y TARTUFO

DAMIS: (Saliendo del lugar donde estaba escondido) No, señora, no voy a contarle a todo el mundo. Estaba ahí adentro desde donde he podido oírlo todo. El cielo ha guiado mis pasos permitiendo que estuviera ahí para confundir a este traidor que tanto mal nos hace, para ofrecerme ocasión de vengarme de su hipocresía e insolencia, para desengañar a mi padre mostrándole a este perverso que se atreve a hablarle de amor.

ELMIRA: No, Damis. No me gusta el escándalo, una mujer se ríe de estas tonterías y no molesta a su marido.

DAMIS: Usted tendrá sus razones para hacer lo que hace y yo tengo las mías. Yo no lo voy a permitir. El orgullo insolente de su beatería debe ser castigado, y es mucho el mal que ha causado entre nosotros. Ya hace demasiado tiempo que este bribón tiene dominado a mi padre y estorba mis amores y los de Valerio. Es preciso que mi padre se desengañe de este pérfido y la ocasión es demasiado favorable para no aprovecharla.

ELMIRA: Damis...

DAMIS: No, tengo que hacerlo, ¡estoy feliz! Es inútil que con sus palabras pretenda quitarme el placer de la venganza, voy a contarle todo. Mire, ahí viene mi padre, ahora mismo voy a hacerlo.

ESCENA V

ORGÓN, DAMIS, TARTUFO y ELMIRA

DAMIS: Voy a molestarlo, padre, contándole un incidente que acaba de ocurrir y que lo sorprenderá en extremo. Todas sus atenciones son muy bien correspondidas por este señor (señalando a Tartufo). La gratitud que le debe acaba de manifestarla ahora. Le he sorprendido aquí mismo haciéndole una declaración de amor a su señora. Ella que no

sabe guardar rencor y es demasiado discreta, quería guardar el secreto a toda costa, pero yo no puedo ocultar tan grosero atrevimiento, y estoy convencido que no decírselo a usted es hacerle una ofensa a su honor de caballero.

ELMIRA: Siempre he creído que no se debe turbar la paz del marido con estas cosas que no tienen importancia, no es de ellos de quien depende nuestro honor, es de nosotras y basta con que lo sepamos defender. Este es mi criterio, y usted, Damis, no hubiese dicho nada si yo hubiera tenido alguna autoridad sobre usted. (Vase).

ESCENA VI ORGÓN, DAMIS y TARTUFO

ORGÓN: ¡Cielos! ¿Es verdad lo que acabo de oír?

TARTUFO: Sí, hermano mío, soy culpable, soy un miserable pecador, un malvado; toda mi vida está llena de pecado, y comprendo que el cielo quiere castigarme ahora como merezco. Sería soberbia intentar defenderme, cualquiera que sea la culpa que se me quiera atribuir. Puede creer lo que le han dicho, insultarme y arrojarme de su casa como a un criminal.

ORGÓN: (A su hijo) ¡Ah, maldito! ¿Te atreves con tus mentiras a empañar la pureza de la conducta de este hombre?

DAMIS: ¡Cómo! La fingida dulzura de este hipócrita le hace creer. . .

ORGÓN: ¡Cállate, peste maldita!

TARTUFO: ¡Oh! déjelo hablar. Es mejor que le crea todo lo que le diga. ¿Por qué me defiende habiendo yo cometido este crimen? ¿Sabe usted de qué soy capaz? ¿Por qué se fía, hermano, de mi exterior? ¿Acaso por las apariencias me cree mejor que los demás? No, no, usted se deja engañar por las apariencias y yo estoy muy lejos de ser lo que muchos figuran. Todo el mundo me tiene por un hombre de bien, pero la pura verdad es que no valgo absolutamente nada. (Dirigiéndose a Damis) Sí, hijo mío, habla, trátame de pérfido, de infame, de perdido, de ladrón, de homicida, abrumame con insultos mucho peores aún, yo no te contradeciré, porque lo merezco y quiero sufrir de rodillas la ignominia de tus palabras como expiación a los pecados de mi vida.

ORGÓN: (A Tartufo) Hermano mío, ¡esto es demasiado! (A su hijo) ¿Aún no se conmueve tu corazón?

DAMIS: Pero ¿cómo? ¿Usted cree lo que le está diciendo?

ORGÓN: ¡Cállate, bribón! (A Tartufo) Hermano mío, ¡Levántese por favor! (A su hijo) ¡Infame!

DAMIS: ¿Es posible?

ORGÓN: ¡Cállate!

DAMIS: Ah, si yo ...

ORGÓN: Si dices una palabra más, te parto la cabeza.

TARTUFO: Hermano mío, por Dios, no se irrite, prefiero sufrir la pena más dura para impedir que usted le haga ningún daño.

ORGÓN: (A su hijo) ¡Ingrato!

TARTUFO: Déjelo en paz. Si es necesario, le pediré a usted de rodillas que le perdone.

ORGÓN: (Arrodillándose también y abrazando a Tartufo) ¡Ay! De ningún modo. (A su hijo) ¡Bribón! Mira hasta dónde llega su bondad ...

DAMIS: Pues.. .

ORGÓN: Basta.

DAMIS: No, yo...

ORGÓN: ¡Basta digo! Sé muy bien porqué le calumnias así. Todos lo odian. Los veo a todos, mujer, hijos, criados, todos desencadenados contra él; todos intrigan para sacar de mi casa a este santo varón; pero mientras más esfuerzos hagan para conseguirlo, más

haré yo para que se quede, y lo casaré con mi hija para doblegar así el orgullo de toda mi familia.

DAMIS: ¿Va usted a obligar a Mariana a casarse con él?

ORGÓN: ¡Sí, traidor! Y hoy mismo para que sepas. ¡Ah! A todos los desafío, y voy a hacer que se me obedezca porque yo soy el que manda. ¡Ea, retráctate al instante de lo que le has dicho! ¡Échate a sus pies para pedirle perdón!

DAMIS: ¿Quién? ¿Yo, a los pies de este beato hipócrita?

ORGÓN: ¡Ah, perverso! ¿Te resistes y lo insultas? ¡Un bastón! ¡Un bastón! (A Tartufo) No me sujete. (A su hijo) ¡Sal! ¡Fuera! ¡Sal de mi casa y no tengas la audacia de volver nunca más!

DAMIS: Sí, me iré, pero ...

ORGÓN: ¡Ándate! ¡Te desheredo y te maldigo para siempre! (Vase Damis).

ESCENA VII

ORGÓN y TARTUFO

ORGÓN: ¡Ofender de este modo a una persona tan santa!

TARTUFO: ¡Oh, cielo! ¡Perdónale el daño que me hace! (A Orgón) ¡Con qué pena veo que tratan de difamarme ante mi hermano!

ORGÓN: ¡Ay!

TARTUFO: El sólo pensar en esta ingratitud me produce un suplicio indecible.. . Tengo el corazón tan oprimido, que no puedo hablar.. . Esto puede causarme la muerte.. .

ORGÓN: (Corriendo, deshecho en lágrimas, hacia la puerta por donde ha echado a su hijo) ¡Desgraciado! ¡Me arrepiento de no haberte apaleado hasta matarte! (A Tartufo) Tranquilícese, hermano, haga un esfuerzo.

TARTUFO: Olvidemos, olvidemos este incidente. Veo que he traído grandes trastornos a esta casa, y creo que lo mejor será, hermano mío, que me vaya.

ORGÓN: ¿Cómo? ¿Qué dice?

TARTUFO: Todos me odian, todos quieren que usted sospeche de mí.

ORGÓN: ¡Y qué importa! Yo no les hago caso.

TARTUFO: No faltará quien insista en la calumnia, y lo que usted no cree hoy día puede creerlo mañana.

ORGÓN: ¡No, hermano mío, nunca!

TARTUFO: ¡Ah!, hermano, una mujer puede sorprender fácilmente la credulidad de su marido.

ORGÓN: No, no.

TARTUFO: Deje que me vaya, así les quitaré toda ocasión de atacarme.

ORGÓN: No, usted se queda; ¡me va en ello la vida!

TARTUFO: Pues bien, me sacrificaré, si usted así me lo exige

ORGÓN: ¡Ah, por fin!

TARTUFO: Sea, no hablemos más. Ya veo cómo debo portarme de ahora en adelante. El honor es delicado, y la amistad me obliga a prevenir los rumores y las ocasiones de sospecha. No hablaré más con su esposa y ...

ORGÓN: No, eso no. Aunque todos se molesten la seguirá tratando. Mi mayor alegría es hacer rabiar a la gente. Quiero que lo vean a todas horas con ella, y es más: para hacerles rabiar más todavía, lo nombraré mi heredero universal y le haré donación de todos mis bienes. Un amigo franco y leal a quien he escogido para yerno vale para mí mucho más que los hijos, la esposa y todos mis parientes juntos. Voy a ordenar que se haga de inmediato la escritura de donación. ¿Acepta lo que le propongo?

TARTUFO: ¡Hágase en todo la voluntad del cielo!

ACTO CUARTO

ESCENA I
CLEANTE y TARTUFO

CLEANTE: Sí, todo el mundo habla de lo que aquí ha pasado y lo que se dice no lo favorece en nada. Esta es una buena ocasión para decirle claramente y en pocas palabras, lo que pienso sobre el caso. No quiero tener en cuenta lo que dice la gente, hago caso omiso y pienso lo peor. Supongamos que Damis no tenía razón y que lo ha acusado injustamente. ¿No es cristiano perdonar las ofensas y ahogar todo deseo de venganza? ¿Y puede usted consentir que por asuntos suyos, un padre eche de su casa a su hijo? Se lo digo con toda franqueza. No hay quien no se escandalice con lo que ha pasado, y creo que su deber es arreglarlo todo y evitar que las cosas sigan adelante. Olvide su enojo, y por amor a Dios haga que el hijo se reconcilie con el padre.

TARTUFO: ¡Ay! Por lo que de mí depende, lo haría de buena gana. No le guardo, rencor, señor, ningún rencor, todo se lo perdono, nada le censuro y quisiera servirle con toda mi alma. Pero si él vuelve aquí será preciso que yo me marche. Después de lo que ha hecho, que no sé cómo calificar, no podemos seguir viviendo juntos en la misma casa. Sé muy bien lo que entonces diría la gente. Dirían que sigo aquí por conveniencia, y que sintiéndome culpable, estoy fingiendo que lo aprecio, para con esta actitud obligarlo a guardar silencio.

CLEANTE: Esas excusas, señor, son un poco rebuscadas. ¿Por qué se encarga usted de proteger los intereses del cielo? ¿Acaso tiene Dios necesidad de nosotros para castigar al culpable? Deje, deje que el cielo ajuste cuentas por sí mismo. Recuerde tan sólo, que El nos manda perdonar las ofensas, y no se preocupe de lo que dirán. ¿Acaso el mezquino interés del "qué dirán" impedirá el valor de una buena acción? No, no; hagamos siempre lo que Dios nos manda y no nos compliquemos.

TARTUFO: Ya le he dicho que mi corazón le perdona, y esto es hacer, señor, lo que Dios manda; mas, después del escándalo y la afrenta de hoy, el cielo no me ordena que viva con él.

CLEANTE: ¿Y es el cielo el que le ordena aceptar la donación que le ha hecho Orgón de todos sus bienes a los que usted no tiene ningún derecho?

TARTUFO: Los que me conocen bien no llegarán a pensar que soy un alma interesada. Poco atractivo tienen para mí los bienes de este mundo; no me deslumbra su engañoso resplandor. Sepa que si me he decidido a aceptar de un padre la donación que él, con entera libertad, ha querido hacerme, es, a decir verdad, porque temo que todo ese caudal caiga en malas manos, y, mal repartido, vaya a personas que hagan de él mal uso, en vez de utilizarlo como yo deseo, para la gloria del cielo y el bien del prójimo.

CLEANTE: ¡Ah, señor! No se moleste tanto y deje que cada uno reciba lo suyo, sin preocuparse de si está en buenas o malas manos. Es preferible que cada cual abuse de lo suyo a que lo acusen a usted de usurpador. Lo que más me admira es que haya aceptado el regalo sin complicación alguna. Porque, al fin, la verdadera piedad ¿tiene alguna máxima que enseña a despojar de lo suyo al legítimo heredero? Y si hay algún obstáculo para vivir con Damis, ¿no sería mejor que usted se fuera de aquí, antes de consentir contra toda razón que se expulse por su culpa al hijo de la casa? Créame, señor, su honor . . .

TARTUFO: Son las tres y media, señor. Cierta deber piadoso exige mi presencia arriba. Excúseme que lo deje tan pronto (Vase).

CLEANTE: ¡Ah!

ESCENA II
ELMIRA, MARIANA, DORINA y CLEANTE

DORINA: (A Cleante) Por favor, ayúdenos, señor. Mariana sufre mucho, no sabe qué hacer y la decisión que ha tomado su padre de casarla esta noche, la tiene desesperada. Ahora va a llegar el señor Orgón. Juntemos todos nuestros esfuerzos y tratemos de impedir en cualquier forma que se firme el contrato de matrimonio.

ESCENA III

ORGÓN, ELMIRA, CLEANTE y DORINA

ORGÓN: ¡Ah! ¡Qué bueno que estén todos reunidos! (A Mariana) Aquí traigo un contrato que te va a gustar mucho. Ya sabes qué quiere decir esto.

MARIANA: (De rodillas ante Orgón) Padre, por el amor de Dios que sabe cuánto sufro, y por todo lo más sagrado que pueda conmover su corazón, olvide los derechos que tiene sobre mí, y dispéñeme por una vez de mi obligación de obedecerle. Si me impide casarme con el hombre que amo destruyendo la dulce esperanza que guardaba mi corazón, no me imponga al menos, y se lo pido de rodillas a sus pies, el tormento de casarme con quien aborrezco. ¡No ve que estoy desesperada!

ORGÓN: (Enterneciéndose) ¡Vamos! ¡Firme, corazón mío! Nada de debilidad.

MARIANA: Las atenciones que usted le hace no me importan nada. Dele todos sus bienes, y si esto no es bastante, dele también los míos, yo lo acepto todo con agrado, se lo doy todo voluntariamente, ¡pero no llegue hasta darle mi persona! Deje, por último, que pase en la austeridad de un convento los tristes días que el cielo me quiera conceder.

ORGÓN: ¡Ah! Estas son las que se hacen monjas cuando un padre contraría sus amores. ¡Basta! Mientras más repugnancia te dé casarte con Tartufo, más será el mérito. Mortifica tus sentidos aceptando este matrimonio y no me molestes más.

DORINA: ¡Pero, por Dios!

ORGÓN: ¡Cállate! Habla con los de tu clase, te prohíbo terminantemente que digas una sola palabra más.

CLEANTE: Si me permite un consejo.

ORGÓN: Cuñado, sus consejos son los mejores del mundo, son muy razonables, y siempre le hago mucho caso, pero no los voy a seguir en esta ocasión.

ELMIRA: (A su esposo) Yo ya no sé qué decir. Se necesita estar muy encaprichado y ciego, dominado por Tartufo, para no admitir lo que ha pasado hoy día.

ORGÓN: Soy su servidor, señora, y veo lo que veo. Sé la simpatía que usted siente por el bribón de mi hijo. Usted estaba demasiado tranquila para que le pudiese creer, porque si hubiera sido verdad lo que ocurrió hubiese estado un poco más nerviosa.

ELMIRA: Cree usted acaso que una simple declaración de amor me va a poner nerviosa, y que he de responder con los ojos airados y la injuria en los labios a todo lo que me digan. Me río simplemente con los cumplidos que me hacen. Es preferible mostrarse prudente, con dulzura, en vez de ponerse nerviosa como esas beatas cuyo honor parece armado de garras y dientes, y arañan a la menor palabra que se le dirige. ¡Líbreme Dios! La virtud no ha de ser fanática, y creo que la discreta frialdad de una negativa, es suficiente para rechazar un corazón enamorado.

ORGÓN: Sí, como no, pero no me va a engañar.

ELMIRA: ¿Qué me diría usted, incrédulo, si le hiciese ver con sus propios ojos, que todo lo que le hemos dicho es la pura verdad?

ORGÓN: ¿Si me hiciera ver?

ELMIRA: Sí.

ORGÓN: Cuentos.

ELMIRA: ¿Qué diría si le hiciera ver la luz del sol?

ORGÓN: ¡Cuentos, cuentos!

ELMIRA: ¡Qué hombre. Dios mío, qué hombre! Contésteme, al menos. Supongamos que desde un sitio escogido especialmente lo hiciera ver y oír con claridad todo lo que le decimos, ¿qué diría entonces de su hombre virtuoso?

ORGÓN: En ese caso diría... No diría nada, porque no puede ser.

ELMIRA: Es necesario entonces para convencerlo que le demuestre todo lo que le he dicho.

ORGÓN: Sí, demuéstrelo, veremos cómo se las arreglará su astucia para cumplir esta promesa.

ELMIRA: (A Dorina) Dile que venga.

DORINA: Cuidado que es muy astuto, y será difícil sorprenderlo.

ELMIRA: No lo creas, el enamorado se engaña fácilmente y siempre se deja engañar. Dile que baje. (A Cleante y Mariana) Ustedes váyanse (Vanse).

ESCENA IV

ELMIRA y ORGÓN

ELMIRA: Acerque esa mesa y escóndase debajo. Sobre todo es indispensable que esté bien escondido.

ORGÓN: ¿Y por qué debajo de la mesa?

ELMIRA: Deje que disponga todo según mis planes y luego verá. Escóndase, le digo y cuidado con que nadie lo vea ni lo oiga.

ORGÓN: Parece un poco de más todo esto. En fin, ya veremos cómo saldrá de esta empresa.

ELMIRA: No se preocupe (Orgón se esconde debajo de la mesa). Es muy extraño lo que voy a hacer, pero no se escandalice. Todo lo que yo diga es permitido, porque lo diré sólo para convencerlo. Con coquetería voy a obligar a ese hipócrita a que se quite la máscara; le voy a dar esperanzas a sus deseos desvergonzados y dejaré el campo libre para que se atreva. Haré esto para convencerlo a usted y para mejor confundirle a él, y así, las cosas no llegarán más allá de donde usted quiera. Como vea que la cosa se pone demasiado atrevida, de usted dependerá detenerla y así me libraré de tener que exponerme a lo que parece que usted cree indispensable para desengañarse de una vez. Ese es problema suyo, y es usted el que va a manejar el asunto y... ¡ya viene!
¡Escóndase, que no lo vea!

ESCENA V

TARTUFO, ELMIRA, y debajo de la mesa, ORGÓN

TARTUFO: Me han dicho que quería hablarme aquí.

ELMIRA: Sí, tengo que contarle algo. Pero, cierre antes esa puerta y mire bien que no haya alguien que pueda escucharnos y nos sorprenda. (Tartufo cierra la puerta). No nos conviene que se arme otro lío como el de esta tarde. ¡Qué sorpresa tan desagradable! Damis quería matarlo, pero ya se habrá dado cuenta de los esfuerzos que hice para evitarlo y calmar su furia. Mas, gracias al cielo, todo se ha arreglado y las cosas están un poco más tranquilas. El aprecio que le tiene todo el mundo ha disipado la tormenta y mi marido no puede sospechar de usted. Para hacer callar el rumor de las habladurías él quiere que estemos juntos todo el tiempo, por esto precisamente puedo encontrarme ahora aquí sola, encerrada con usted sin temor de ser sorprendida, y la ocasión me invita a confiarle mi corazón que, tal vez, se interesa ya demasiado por su amor.

TARTUFO: Su lenguaje, señora, es difícil de comprender. Hace poco hablaba usted de otra manera.

ELMIRA: ¡Ah! ¡Qué mal conoce el corazón de una mujer, si juzga por lo que le dije hace poco y no comprende lo que queremos dar a entender cuando nos defendemos sin

mucha convicción! Nuestro pudor impide la verdadera manifestación de lo que sentimos. Si el amor nos domina, siempre nos da vergüenza decirlo. Nuestras palabras se oponen a nuestros deseos, pero al decir que no, lo prometemos todo. Esto es hacerle una confesión demasiado franca y debiera reprendirme de ello el pudor; mas, ya he llegado al estado de confesarlo todo. Dígame, ¿habría procurado calmar a Damis, y habría escuchado con tanta complacencia la expresión de su amor, si el ofrecimiento que me hizo no me hubiese complacido? Y cuando he querido yo misma obligarle a renunciar al casamiento que le proponían, ¿No comprendió que yo abrigaba ya cierto interés por usted y no quería consentir que ese matrimonio partiera en dos un corazón que quiero entero para mí?

TARTUFO: Es dulzura indecible, señora, oír de esa boca amada esas palabras. Su miel derrama en mis sentidos una suavidad que me estremece. Agradarle es mi suprema ambición, y mi corazón no desea otra cosa. Pero este corazón le pide también la libertad de dudar un poco de lo que me dice. Pienso que sus palabras son una trampa para hacerme renunciar al casamiento que se me prepara Si quiere que me explique claramente, le diré que no puedo fiarme demasiado de declaraciones tan dulces, a menos que un anticipo de los favores que anhelo, me asegure con hechos lo que me ha dicho.

ELMIRA: (Tosiendo para advertir a su esposo) ¡Cómo! No se puede avanzar tan rápido a riesgo de agotar enseguida la ternura de mi corazón. Le he hecho una confesión tan elocuente ¿y no le basta? No me diga que para convencerme necesita llegar a los últimos favores que tendría que darle.

TARTUFO: Cuando menos se merece un favor, más se atreve uno a pedirlo. ¡Cuesta tanto tener confianza sólo en las palabras! Dudamos de la gloria de poder satisfacer nuestros deseos y por eso queremos gozar antes de creer que sea posible, y mi duda es tan grande, señora, que no creeré nada mientras no vea que usted corresponde a mi pasión con realidades.

ELMIRA: ¡Dios mío! ¡Su amor es verdaderamente tiránico! ¡Con qué fuerza lo domina y con qué violencia exige lo que desea! ¿No me podré librar de su persecución y no me dará tiempo ni para respirar? No está bien que sea tan riguroso y quiera obtener de inmediato todo lo que pide, abusando así, con sus demandas, de la debilidad que por usted tenemos todos los de esta casa.

TARTUFO: Pero si usted acepta mi pedido, ¿por qué no quiere darme testimonio de su amor?

ELMIRA: ¿Cómo quiere que consienta en lo que me pide sin ofender a Dios del que usted es tan devoto?

TARTUFO: Si no es más que Dios el que se opone a mis deseos, es cosa muy fácil para mí salvar ese obstáculo.

ELMIRA: ¡Pero usted nos da tanto miedo cuando invoca los castigos del cielo!

TARTUFO: Puedo disiparle, señora, esos temores; conozco el arte de quitar los escrúpulos. Es cierto que el cielo prohíbe ciertos placeres, pero siempre hay maneras de concertar con él algunas transacciones. Según las necesidades de cada uno, es una verdadera ciencia saber cuándo conviene aflojar los lazos de nuestra conciencia y rectificar lo malo de la acción con la pureza de la intención. Yo la instruiré, señora, en estos secretos, y usted no tendrá más que dejarse conducir. Satisfaga mis deseos y no tema. Le respondo de todo y me hago responsable de sus culpas (Elmira tose de nuevo) ¡Tiene mucha tos, señora!

ELMIRA: ¡Sí, esto es un suplicio!

TARTUFO: ¿Acepta un poco de esta esencia de regaliz?

ELMIRA: Tengo un resfriado tan fuerte, que creo que no me servirá.

TARTUFO: ¡Qué molestia!

ELMIRA: Más de lo que usted puede imaginarse.

TARTUFO: Conmigo puede estar tranquila con la seguridad de un completo secreto, pues el mal no existe mas que cuando se ve. El escándalo es lo que constituye la ofensa, y por lo tanto, pecar en secreto, no es pecar.

ELMIRA: (Después de haber tosido otra vez y haber dado algunos golpes a la mesa) Veo que tengo que decidirme y consentir en lo que me pide. Es difícil llegar a este punto y créame que lo hago muy a pesar mío, pero ya que no quiere creer nada de lo que le digo y se empeña en que debo darle las pruebas de mi amor, me resignaré. Pero si cometo alguna falta, peor para usted que me obliga a hacerlo. No será mía la culpa.

TARTUFO: Yo cargo con ella, señora, y la cosa en sí...

ELMIRA: Abra un poco la puerta y mire si mi marido está en la galería.

TARTUFO: No se preocupe por él. Yo lo manejo como un pelele. Por vanidad consiente nuestras conversaciones y lo domino en tal forma que aun viéndolo todo, no se atreve a creer nada.

ELMIRA: De todas maneras, salga un momento y mire bien que no haya nadie ahí fuera (Vase Tartufo)

ESCENA VI

ORGÓN, ELMIRA:

ORGÓN: (Saliendo de debajo de la mesa) ¡Qué monstruo! ¡Qué horror! ¡ No puedo creerlo!

ELMIRA: No salga tan luego, vuelva debajo de la mesa, espere hasta el final.

ORGÓN: ¡No! ¡Del infierno no puede haber salido cosa peor!

ELMIRA: ¡Dios mío! No se deje convencer todavía, que aún podría equivocarse. (Esconde a su mando detrás de sí).

ESCENA VII

TARTUFO, ELMIRA y ORGÓN

TARTUFO: (Sin ver a Orgón) Todo está a nuestro favor, señora, he mirado por todos lados y no hay nadie. Venga... (Mientras se acerca con los brazos abiertos para abrazarla Elmira se retira y Tartufo se encuentra frente a Orgón).

ORGÓN: (Deteniéndolo) ¡Alto ahí! No se deje llevar por su temperamento, y no le conviene ser tan apasionado. ¡Ah, ah, ah, el devoto señor que quería engañarme, cómo se deja llevar por las tentaciones, casarse con mi hija y codiciar a mi mujer! Siempre dudé de que esto fuera verdad. Pero he visto bastante y no quiero más pruebas. Con lo visto basta y sobra.

ELMIRA: (A Tartufo) A pesar mío he hecho toda esta comedia, pero he debido hacerlo.

TARTUFO: (A Orgón) Pero. . . usted cree . . .

ORGÓN: Vamos, menos ruido, salga de aquí sin ceremonia.

TARTUFO: Mi intención ...

ORGÓN: ¡Salga de esta casa inmediatamente!

TARTUFO: ¡Es usted! ¡Usted quien habla como si fuera el dueño, el que va a salir de aquí! Esta casa es mía y lo haré salir de aquí con la justicia. Ya verá como serán inútiles todos sus esfuerzos para impedirlo. No es tan fácil burlarse de mí. Las injurias y las mentiras de que soy víctima yo las sabré confundir. Sabré vengar las ofensas que se hacen al cielo y hacer que se arrepientan todos los que quieren echarme de esta casa (Vase).

ESCENA VIII

ELMIRA. ORGÓN

ELMIRA: ¿Qué lenguaje es ése, y qué fue lo que quiso decir?

ORGÓN: Estoy muy complicado y no es cosa de broma.

ELMIRA: ¿Qué?

ORGÓN: Ahora me doy cuenta por lo que acaba de decir, de la estupidez que hice. La donación que le hice de todos mis bienes.

ELMIRA: ¿La donación?

ORGÓN: Sí. Le regalé todos mis bienes, pero hay además otra cosa que me inquieta.

ELMIRA: ¿Otra?

ORGÓN: Sí, ya lo sabrás todo. Ahora hay que ver de inmediato si todavía está arriba la caja con los documentos.

ACTO QUINTO

ESCENA I - ORGÓN y CLEANTE

CLEANTE: ¿Para dónde va?

ORGÓN: ¡Ay, Dios mío! ¿Qué sé yo?

CLEANTE: Lo primero, es ver qué podemos hacer, entre todos, con lo que acaba de pasar.

ORGÓN: La caja con los documentos me tiene completamente trastornado. Eso me preocupa más que todo lo demás.

CLEANTE: ¿Y qué había en la caja?

ORGÓN: Unos documentos que me dio con gran secreto mi amigo Argás. Al partir, me la entregó para que se la guardara y creo, por lo que me dijo, que esos documentos son secretos y de gran importancia para él.

CLEANTE: ¿Y por qué se la entregó a Tartufo?

ORGÓN: Le conté que la tenía, y él con sus razonamientos me convenció que se la diese, porque así, si venían a pedírmela en alguna investigación, podría decir sin cargo de conciencia que no la tenía en mi poder, y aun podría jurarlo sin faltar a la verdad ni jurar en falso.

CLEANTE: Permítame que le diga con toda franqueza que tanto la donación de sus bienes, como el acto de confianza que le hizo al entregarle la caja, le pueden traer muchos quebraderos de cabeza. Tartufo lo tiene muy bien agarrado y creo que sería una gran imprudencia atacarlo con violencia. Es preferible buscar medios más astutos.

ORGÓN: ¿Quién iba a pensar que con esa cara de santo podía tener un corazón tan engañoso y un alma tan perversa? . Y yo, que lo recogí cuando andaba mendigando sin tener qué comer! De ahora en adelante voy a ser peor que el diablo con cualquiera que .

..

CLEANTE: ¡No, eso no! ¡Nada de arrebatos! Siempre se pasa de un extremo a otro. Comprenda ahora su error y reconozca que fue engañado, pero no hay razón para que caiga en otro error y confunda a todos los hombres honrados con ese pérfido que recogió de la calle. Porque un bribón le engañó con la historia de la falsa devoción ¿quiere que en todas partes sea la gente como él y no haya ningún devoto verdadero? Aprenda a distinguir la virtud de sus apariencias pero no se aventure demasiado al juzgar y manténgase en el justo término medio que conviene.

ESCENA II

DAMIS, ORGÓN y CLEANTE

DAMIS: ¿Es verdad, padre, que ese impostor lo amenaza olvidando que le debe gratitud por todo lo que usted le ha dado? ¿Es cierto que ese cobarde, digno del infierno, se ha permitido amenazarlo?

ORGÓN: Sí, hijo mío. Siento un gran dolor.

DAMIS: Déjeme, que yo le voy a cortar las orejas. No debemos asustarnos con su insolencia. Yo voy a defenderlo y si es necesario para terminar de una vez lo voy a echar a palos.

CLEANTE: Esto es hablar como corresponde, joven, pero modere sus arrebatos, recuerde que vivimos bajo un Gobierno en el que no se resuelven los asuntos por la violencia.

ESCENA III

Señora PERNELLE, MARIANA, ELMIRA, DORINA, DAMIS, ORGÓN y

CLEANTE:

SRA. PERNELLE: ¿Qué pasa? He sabido que aquí están ocurriendo cosas muy desagradables.

ORGÓN: Sí, lo he visto con mis propios ojos, es así cómo se pagan mis favores. Recojo con la mayor buena fe a un hombre hundido en la miseria, le alojo en mi casa, lo considero como a mi propio hermano, lo colmo de atenciones, le entrego mi hija y todos mis bienes, y él, ¡infame! pretende seducir a mi esposa y no contento con esta indignidad se atreve a amenazarme con la ruina y pretende expulsarme de esta casa y reducirme al estado de miseria del que yo lo saqué.

DORINA: ¡El pobre hombre!

SRA. PERNELLE: No puedo creer que Tartufo haya querido cometer una acción tan indigna.

ORGÓN: ¿Cómo?

SRA. PERNELLE: Los hombres de bien están rodeados de envidiosos.

ORGÓN: ¿Qué quiere decir, madre?

SRA. PERNELLE: Que aquí, en tu casa, todos odian a muerte a ese pobre hombre.

ORGÓN: ¿Qué tiene que ver con lo que le he dicho?

SRA. PERNELLE: Cien veces te lo he repetido cuando eras niño. La virtud siempre es perseguida. Los envidiosos mueren pero la envidia no.

ORGÓN: ¿Pero qué relación tienen sus palabras con lo que ha pasado hoy?

SRA. PERNELLE: Que te habrán contado mil cuentos sobre Tartufo.

ORGÓN: Pero ya le he dicho que lo he visto yo mismo.

SRA. PERNELLE: La maldad de los murmuradores no tiene límite.

ORGÓN: No me haga perder la paciencia por favor, madre. Le vuelvo a decir que lo he visto yo, con mis propios ojos.

SRA. PERNELLE: Las malas lenguas siempre tienen veneno, y no hay nadie en la tierra que pueda librarse de ellas.

ORGÓN: Pero, ¿por qué no entiende? Lo he visto, repito, yo mismo con mis propios ojos, lo que se llama visto... ¡Es preciso repetírselo cien veces y gritar como animal!

SRA. PERNELLE: Las apariencias engañan, no se puede juzgar sólo por lo que se ve.

ORGÓN: ¡Ay, qué desesperación!

SRA. PERNELLE: Siempre se hacen falsas suposiciones y a menudo interpretamos lo bueno como malo.

ORGÓN: Entonces debo pensar que es bueno abrazar a mi mujer en mis propias narices.

SRA. PERNELLE: Para acusar es necesario tener motivos y debería haber esperado y estar seguro de todo.

ORGÓN: ¿Esperar y estar seguro de todo? Entonces tenía que esperar que ante mis propios ojos Tartufo hubiese...? ¡Ah no, esto es demasiado!

SRA. PERNELLE: No lo creo, no me cabe en la cabeza que haya querido hacer lo que tú supones.

ORGÓN: Váyase por favor... Estoy tan furioso que no sé qué le diría si no fuese mi madre.

DORINA: (A Orgón) Es eso lo que pasa con las cosas de esta tierra. Usted no quiso creer y ahora no le creen a usted.

CLEANTE: Estamos perdiendo el tiempo. Debemos tomar decisiones, ante las amenazas de ese bribón.

DAMIS: ¡Qué! ¿Ese sinvergüenza nos ha amenazado?

ELMIRA: Si, pero no creo posible que llegue a cumplir la amenaza. ¡Sería demasiado!

CLEANTE: (A Orgón) No se fíe, tiene todos los medios para que le den la razón en el juicio que le va a seguir, y se valdrá de cualquier mentira para conseguir que lo echen a usted de esta casa. Se lo repito. Con el contrato de donación que usted le ha hecho, no le conviene llevar las cosas hasta el punto de pelear definitivamente con él.

ORGÓN: Es verdad, mas ¿qué voy a hacer ante la insolencia de ese traidor? No sé reprimir la rabia.

CLEANTE: Quisiera que, sin escándalo, se pudiesen reanudar las relaciones entre los dos.

ELMIRA: Si hubiera sabido que tenía en sus manos ese contrato no hubiera llegado a esta situación, y mis ...

ORGÓN: (A Dorina al ver entrar a Leal) ¿Qué quiere ese hombre? Anda a preguntarle, buen momento para recibir visitas.

ESCENA IV

El señor LEAL, la Señora PERNELLE, ORGÓN, DAMIS, MARIANA, DORINA y CLEANTE

SR. LEAL: (A Dorina en el fondo del teatro) Buenos días, hermana. Le ruego que me lleve ante su señor, que he de hablar con él.

DORINA: Está muy ocupado, no creo que en estos momentos pueda ver a nadie.

SR. LEAL: No quisiera ser inoportuno, no creo que le disguste mi presencia, porque vengo para hablar de un asunto que le producirá mucha satisfacción.

DORINA: ¿Cuál es su nombre?

SR. LEAL: Dígame que vengo de parte del señor Tartufo.

DORINA: (A Orgón) Ese hombre viene con maneras muy correctas, de parte del señor Tartufo, por un asunto del que, según dice, quedará usted muy satisfecho.

CLEANTE: (A Orgón) Recíbalo y pregúntele qué desea.

ORGÓN: Tal vez venga para reconciliarnos. Si es así, ¿en qué forma tendré que recibirle?

CLEANTE: Disimule su enojo y óigalo.

SR. LEAL: (A Orgón) Salud, señor, confunda el cielo a quien quiera perjudicarlo.

ORGÓN: (A Cleante en voz baja) Este principio está muy de acuerdo con lo que pienso.

SR. LEAL: Siempre me ha sido muy querida vuestra casa, y ya había tenido el honor de servir a su señor padre.

ORGÓN: Me siento confundido, señor, y le pido perdón por no reconocerlo ni saber su nombre.

SR. LEAL: Me llamo Leal, he nacido en Normandía, y soy, a despecho de la envidia, Receptor de Juzgado, cargo que gracias al cielo, tengo la satisfacción de haber ejercido durante cuarenta años con mucho honor... Ahora vengo, señor, con su permiso, a notificarle la ejecución de una decisión judicial.

ORGÓN: ¡Cómo! Y usted decía que había venido aquí...

SR. LEAL: Sin molestarse, señor, esto no es más que un requerimiento, una orden para que salgan de aquí usted y los suyos y saquen fuera sus muebles sin demora ni remisión, tal como lo manda la Ley.

ORGÓN: ¿Yo, salir de mi casa?

SR. LEAL: Si, señor, hágame el favor. Como usted ya lo sabe y nadie puede negarlo, esta casa pertenece al señor Tartufo quien desde ahora, es dueño y señor de sus bienes

en virtud de un contrato de donación que usted le ha hecho y del cual soy portador. Está todo en regla y nada puede objetarse.

DAMIS: ¡Al señor Leal! ¡Qué desvergüenza más increíble! ¡No salgo de mi asombro!

SR. LEAL: Señor, yo no tengo nada que hacer con usted. Es con el señor (señalando a Orgón), con quien tengo que tratar. El es dulce y razonable y conoce muy bien el deber de un hombre honrado de no oponerse jamás a la justicia.

ORGÓN: Pero . . .

SR. LEAL: Sí, señor, sé que no se opondrá y que permitirá como persona correcta que ejecute las órdenes que se me han dado.

DAMIS: Mire, señor Receptor de Juzgado, que puedo darle algunos bastonazos sobre el lomo.

SR. LEAL: :(A Orgón) Señor, haga que su hijo se calle o se retire. Sentiría verme obligado a iniciarle demanda y hacerle comparecer al tribunal por desacato a la justicia.

DORINA: Este señor Leal es bastante desleal.

SR. LEAL: He querido, señor, encargarme personalmente de este requerimiento con el solo deseo de servirle y serle grato. Así he evitado que se encargue esta diligencia a otro, que no teniéndole el aprecio que yo le tengo, hubiese procedido de manera mucho menos amable y considerada.

ORGÓN: ¿Y qué hay peor que notificarle a una persona que debe irse de su propia casa?

SR. LEAL: Puedo darle plazo, señor, suspendiendo hasta mañana la ejecución de la orden judicial para que pueda pasar aquí la noche siempre que sea sin escándalo ni ruido, junto con diez agentes míos. Será preciso, además, que me entregue antes de acostarse las llaves de la casa. Yo tendré sumo cuidado de no turbar su sueño y de no permitir que lo molesten inútilmente. Pero mañana temprano habrá que sacar de aquí hasta el menor mueble. Los hombres que vienen conmigo ya los he escogido fuertes para que lo ayuden a sacar todo afuera. Creo que no se puede uno portar mejor, y como lo trato, señor, con extremada indulgencia, le exijo también que no se me moleste en el cumplimiento de mi deber.

ORGÓN: (Aparte) Con qué gusto daría cien monedas de oro, para poder descargar un puñetazo en el hocico de este tipo.

CLEANTE: (En voz baja a Orgón) Cállese, no eche a perder las cosas.

DAMIS: ¡No sé cómo aguanto y no le parto la cabeza!

DORINA: Con tan bonitas espaldas, señor Leal, le sentarían muy bien algunos bastonazos.

SR. LEAL: Mire, señorita, que podría muy bien castigar sus insolencias. Si es preciso, también puede uno enjuiciar a las mujeres.

CLEANTE: (Al señor Leal) Terminemos de una vez, señor. Denos enseguida ese papel, y déjenos en paz.

SR. LEAL: Hasta muy luego, que el cielo les mantenga a todos la alegría. (Vase).

ORGÓN: Que te confunda a ti, y al que te manda.

ESCENA V

ORGÓN, CLEANTE:, MARIANA, ELMIRA, la Señora PERNELLE, DORINA y DAMIS

ORGÓN: ¡Bien! Ya lo ve, madre mía, si tengo razón, y por la notificación puede juzgar el resto. ¿Se convence al fin?

SRA. PERNELLE: ¡ Estoy como si hubiese caído de las nubes!

CLEANTE: (A Orgón) Veamos qué podemos hacer.

ELMIRA: Creo que hay que ir enseguida a denunciar la mala fe de Tartufo, y esto es suficiente para anular la validez del contrato.

ESCENA VI

VALERIO, ORGÓN, CLEANTE, ELMIRA, MARIANA, la Señora PERNELLE, DAMIS y DORINA:

VALERIO: Con pesar, señor, vengo a darle una mala noticia, pero debo hacerlo en razón del peligro en que usted se halla. Uno de mis mejores amigos, que conoce el afecto que le tengo, acaba de avisarme que debe usted huir de aquí inmediatamente. Tartufo le ha acusado al Príncipe, y le ha entregado para confirmar la acusación, una caja de documentos pertenecientes a un prisionero de Estado, caja que usted guardaba en esta casa en secreto, haciéndose cómplice del delito. Ignoro en detalle el crimen que se le imputa, pero sé que se ha dado una orden de prisión contra usted y, que el mismo Tartufo, para cumplir mejor la orden, acompañará al que lo debe arrestar.

CLEANTE: ¡Estos son los medios de que se vale este traidor! así se apoderará de todos sus bienes.

ORGÓN: ¡Es la peor bestia del mundo!

VALERIO: No se demore, porque el menor descuido puede serle fatal. Tengo mi carroza en la puerta, y aquí le ofrezco estos mil luises. No perdamos tiempo. La única manera de librarnos de este golpe, es huyendo. Me comprometo a llevarlo a sitio seguro, y quiero acompañarlo hasta el final en su huida.

ORGÓN: ¡Ay! ¡Qué no debo yo a su generoso cuidado! Para agradecerle como corresponde, habrá que esperar otros tiempos. Quiera el cielo que le pueda pagar algún día este servicio. Adiós, no se olvide . . .

CLEANTE: Vaya rápido, hermano mío, nosotros nos encargamos de hacer todo lo que sea necesario.

ESCENA VII

TARTUFO, un oficial del ejército, ORGÓN, CLEANTE, VALERIO, DAMIS, ELMIRA, MARIANA, la Señora PERNELLE y DORINA

TARTUFO: (Deteniendo a Orgón) Deténgase, señor, deténgase, no corra tanto. No tendrá que ir muy lejos para hallar refugio. Dése preso en nombre del Príncipe.

ORGÓN: ¡Traidor! ¿Esto me guardabas para el final? ¿Este malvado, es el golpe con que pretendes acabar conmigo y coronar tus perfidias?

TARTUFO: Sus injurias no me tocan. He aprendido a sufrir las injurias en nombre del cielo.

DAMIS: ¡Con qué descaro habla del cielo, el infame!

TARTUFO: No me conmueven sus arrebatos, he venido a cumplir con mi deber.

MARIANA: Mucha gloria va a alcanzar con todo esto, y qué manera tan monstruosa de cumplir con su deber.

TARTUFO: Cualquier deber es honroso, cuando viene del poder que aquí me envía.

ORGÓN: ¡Pero te has olvidado, ingrato, que fui yo, por caridad, el que te sacó de la miseria?

TARTUFO: Sí, recuerdo muy bien todo lo que se me ha dado en esta casa, pero cumplir las órdenes del Príncipe es mi primer deber. Aunque sea violento, este deber sagrado ahoga en mi pecho todo agradecimiento, y para cumplirlo mejor sacrificaría a mi esposa, a mis hijos, a mis amigos, y a mi mismo.

ELMIRA: ¡Impostor!

DORINA: ¡Cómo sabe escudarse el traidor detrás de lo que todo el mundo respeta!

CLEANTE: Pero si es tan escrupuloso en cumplir su deber, ¿por qué esperó a que lo sorprendieran cuando intentaba seducir a la esposa del señor (señala a Orgón) y no se preocupó de denunciarle antes que Orgón se viera obligado a echarlo de la casa? ¿Y por

qué aceptó la donación que le ha hecho de todos sus bienes si piensa que es un delincuente?

TARTUFO: (Al oficial) Líbreme de esta gritería, señor oficial, hágame el favor de cumplir la orden que le han dado.

OFICIAL: Sí, voy a hacerlo, señor, y por eso le ruego que me acompañe a la cárcel, que es donde tengo orden de conducirlo.

TARTUFO: ¿A quién? ¿A mi?

OFICIAL: Si, a usted.

TARTUFO: ¿Y por qué voy a ir a la cárcel?

OFICIAL: No tengo que darle ninguna explicación. (A Orgón) Tranquilícese, señor, vivimos bajo el reinado de un príncipe enemigo del fraude, un príncipe que sabe leer en el corazón de los hombres y no se engaña con la astucia de los impostores. Este que ve aquí (señala a Tartufo) no ha podido sorprender a la justicia. Desde el primer momento se han descubierto todas las cobardías de su intención. Acusándolo a usted se ha traicionado él mismo. Se ha descubierto que es un malhechor conocido de la justicia, que se ocultaba bajo un nombre falso. Tiene pendientes varios juicios y se podrían llenar volúmenes con la relación de las fechorías que ha cometido. El monarca condena su cobarde ingratitud y su deslealtad para con usted, y quiere castigarle a un tiempo por éste y por todos sus otros delitos. Si he fingido someterme a sus órdenes ha sido para ver hasta dónde llega la desvergüenza de este bribón y librarle de él. El Príncipe quiere que delante de usted lo despoje de los documentos de los que se decía dueño. Con soberano poder el Príncipe rompe los compromisos del contrato de donación que le hacía dueño de todos sus bienes y le perdona la ofensa de haber escondido papeles de su amigo. Este es el premio que le quiere conceder por la valentía con que en otro tiempo defendió los derechos del Estado, y así se lo demuestra.

DORINA: ¡Bendito sea el cielo!

SRA. PERNELLE: Menos mal.

ELMIRA: Y triunfó la justicia.

MARIANA: ¿Quién lo hubiera dicho?

ORGÓN: (A Tartufo) Vas a ver traidor . . .

CLEANTE: Cuñado, tranquilícese, y no se rebaje a hacer alguna indignidad. ¡Deje a este miserable. Piense que es mejor que corrija su vida y que obtenga que el Príncipe sea generoso al aplicarle el castigo. Vaya a agradecer el trato que le han dado.

ORGÓN: Bien dicho. Iré a agradecer, y una vez cumplido este deber, debo preocuparme de cumplir el otro. Le daré a Mariana a este amante generoso y sincero para que se unan en dulce matrimonio.

FIN

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

